

Déjame, que yo me muera sola

Rafael Belmonte Agüera

Un hombre empeñado en sostener que a su mujer en una ocasión le salvó la vida. Una ridícula aseveración que, evidentemente, ella manifiesta que nunca aconteció.

Escenario:

Cualquiera

PERSONAJES:

MUJER. -

MUJER: *(En chándal, al teléfono, o con auricular y corriendo y hablando a un micrófono)* Que no, que no, ya te digo. Yo te cuento, yo te cuento. Pues no que un día llega y me dice: dame las gracias, porque acabo de salvarte la vida. ¿Qué? Pienso yo. ¡Venga, dame las gracias! Y ¡hale!, con repetir esa mierda: dame las gracias, dame las gracias que acabo de salvarte la vida. ¿Salvarme la vida? ¿Qué tú me has salvado la vida a mí? ¿Y dónde estaba yo? ¡Porque es que no me he enterado de nada!, ¿eh? Yo te lo aclaro, yo te lo aclaro, ya verás, venga insistir el muy cabezón. Yo estaba pintando en la escalera, me empieza a contar con esa boquita con... pinta de morcilla que tiene. ¡Boquita, digo! ¡Vaya un traga puerros!, ¡boquita!, ¡y se echa en ella un muslo de pavo entero así de gordo, para masticarlo, como si fuera un caramelo! Pero lo de la boca se lo perdono, porque ya la tenía así de grande cuando lo conocí. Pero sigue el... pedazo de... de animal insistiendo: acuérdate que yo estaba pintando la escalera, ¡pintando! Pero si él, Laurita, no pinta: mancha. Ya te digo. Lo que pasa es que mirado desde lejos parece que está pintado..., pero conforme una se acerca, se ve que aquello está manchado. Manchado, simplemente, nada de pintado. Bueno, si a él le gusta creerlo así, hasta eso le perdono. Ya sabes que yo soy muy comprensiva y muy tolerante con sus teorías. Además, ¡con la de pintores que hay en el mundo, no me voy a poner yo ahora en contra al gremio! Bueno, a lo que iba, que me pierdo, hablo de él, y es que me pierdo. Yo estaba pintando de espaldas a la escalera, me explica con toda su cachaza, bajando como se sube, y, al mismo tiempo, pintando el pasamanos. ¿Hace falta ser más... idiota? No pinta, mancha, ya te digo, te lo digo yo y te lo repetiré doscientas mil veces, y para colmo lo hace de espaldas, como si estuviera sentado en la taza del váter, pero manchando todo lo que pilla

enfrente a su paso... Esto también se lo vamos a pasar por alto..., que tú sabes que a mí la generosidad es que se me sale por los sostenes. Que por mí que no sea. Y que tú sabes muy bien, Laurita, que a mí no me gusta hablar de mí. Ya lo sabes eso de mí, que somos desde la guardería íntimas..., pues eso... Bueno, pues lo habíamos dejado de espaldas, ¿no?, tal y como se sube, pero bajando, y manchando la escalera de paso. Bueno, pues me explica que da un traspíe con un bote de pintura que yo, ¡precisamente yo!, que no toco la pintura para no ensuciarme, lo había dejado en mal sitio para que él se tropezara y se cayera escaleras abajo. Yo reconozco que aquí lo provoqué del todo, porque le solté, así, con mucha parsimonia: oye, si yo quisiera que te cayeras por la escalera, sólo tendría que darte un empujón, so zopenco, no tendría necesidad de ensuciarme de pintura, ¿no te parecería a ti lo más apropiado? ¡Ay, cómo le sentó que le recordara que no me gusta mancharme de pintura! Pero de novios no habíamos pintado nada de nada juntos. ¿Qué íbamos a saber el uno del otro? Yo no sabía qué él adoraba la pintura, su olor y todo eso, y él no sabía que yo la aborrecía. Acabáramos; dos personas así son incompatibles, ¿no crees, Laurita? De toda la vida se ha dicho: zapatero a tus zapatos. Bueno, pues intentó convencerme de que no se cayó por las escaleras porque ¡se sujetó a la brocha! Claro, yo pensé: una de sus gracias, de sus tonterías. Y él: que no, que no, que fue un momento mágico, casi místico, nena, me intentaba convencer... Pero ¿me ha tomado ya hasta por tonta nada más levantarme de la cama? Nadie se puede sujetar a una brocha para no caerse, le planteé así, a bocajarro, ni magia, ni mística, que la ley de la gravedad obra hasta para san dios. ¡Cómo se puso! Claro, al final de la conversación, a él, que no se le ha contagiado del todo la tontuna que lleva *tu Segi*, quiso anticiparse a mi

superioridad numérica de palabras y pruebas y hechos y se asustó, y a los hombres, eso ya lo saben los que sean hombres, no les gusta que una mujer como yo de arriba abajo los impresione. Laurita, tú ya lo sabes, los asustas y enseguida se te ponen a chillar como... como verracos. Se creen que los estás asustando, para, a continuación, dominarlos, o qué sé yo, o porque de repente le has cogido una manía especial al tontaina. O porque los estás rebajando de su condición del macho dominador de toda la vida, eso pasa y es peor todavía. Y mucho cursillo de igualdad o de aproximación del hombre al femenino singular, y a la hora de la verdad... nanay. O porque él se piensa que una se ha metido a una de esas feministas que no les gusta ni que le den a una un palo en el culo, con lo bien que sientan algunos "palicos", ¿eh, Laurita?, o piensan en alguna cosa peor: en una de esas mujeres, que las conocemos, Laurita, que las conocemos, que yo no doy nombres, pero tú sabes perfectamente de quién hablo, una de esas que se tiran todo el día leyendo titulares, "titulares" de noticias para ir dándoles a ellos lecciones de actualidad intelectual. Eh, eh, le contesté, ya harta de él, que yo no quiero asustarte, ni dominarte, ni orientarte, que no soy ni tu madre ni tu consejera ni tu coach siquiera, le dije todo eso para intentar tranquilizarlo, porque es que él se subía por las paredes viendo que ese día le sobrepasaba dialécticamente, Laurita. A punto estuve de inventarme, para fastidiarlo aún más, que ese precisamente era el Día Internacional del Micromachismo. Pero no quise liarla más gorda, ya tenía suficiente. Pues nada, vuelta a empezar, él a lo suyo: que si no me llego a sujetar a la brocha, me la pego, me caigo de espaldas por las escaleras y llego al descansillo desnucado. ¡Y escucha, Laurita, escucha, lo que viene! Y si yo llego desnucado, la culpa hubiera sido tuya, porque la culpa de todos mis

males la tienes tú; llegáramos todos a donde él quería llegar; “la culpa de todos mis males la tienes tú”, eso es lo que quería colocarme desde el principio y no se atrevía, y mi desnucamiento, a grito pelado, decía, no iba a ser menos. Y muerto y todo *me hubiera levantado y te hubiera buscado para matarte*, pero como no me ha pasado nada, que ni me he caído, porque me he sujetado a la brocha, pues te acabo de salvar la vida. ¿Lo entiendes ya?

Silencio. Medita.

¿Es posible? ¿Y yo tengo que tragarme toda esa chorrada, Laurita? ¿Mía la culpa de todos sus males? ¡Desde cuándo! ¿Se ha vuelto loco? ¿Disimula un ataque psicótico? ¿Tengo que tolerarle todo lo que él quiera? Con lo tolerante que yo soy, que tú me conoces de sobras, Lau. Así un día y otro, cada vez que le da, a sacar la misma conversación: que si pintura, que si pasamanos, que si me agarro a la brocha, que si la brocha arriba o brocha abajo. Y una a aguantar la perorata que para eso es mujer, mujer, y mujer comprensiva, Laurita, que tú eso lo sabes, que me conoces a la perfección. Pues cuando me hartó, ¿sabes lo que le dije el último día?, yo te lo diré. Me puse así, muy flamenca, bueno, en plan flamenco, y le dije: déjame, déjame ya, que yo me muera sola, no vengas tú a facilitarme la papeleta. Y me fui de casa. Y hasta hoy. Y que no me busque ¿eh? Que no me busque. Que no me busque. Que no me busque.

Pausa larga.

¿A ti te ha llamado, Laurita, preguntándote por mí?

Un silencio. Pausa.

Ah, dime, dime...

Se detiene, efectúa ejercicios de brazos, SALE escuchando atentamente el auricular o el teléfono.